

de de Reus me lo permite, y tambien el Sr. Presidente, diré breves palabras.

El Sr. Conde de REUS.—Con mucho gusto.

El Sr. PRESIDENTE.—El Sr. Marqués de Guad-el-Jelú tiene la palabra.

El Sr. Marqués de GUAD-EL-JELU.—Doy gracias á mi antiguo amigo el Sr. Conde de Reus por la franca y espontánea manifestacion que acaba de hacer; pero su alusion de ayer no podia serme desagradable en manera alguna, como no fuera en un solo concepto: el de que pudiera creérseme su corresponsal de oficio. Por lo demás, hombre político, español cual debo serlo, y amigo del Conde de Reus, que á la sazón desempeñaba un cargo de trascendencia, contesté á una amistosísima carta de S. Sría., y escribí las mismas palabras que ha citado; y por cierto que recuerdo haber coincidido aquella carta con las noticias que circulaban en España sobre fundar una dinastía en México, no siendo yo, por razones históricas, partidario del establecimiento de aquella dinastía.

Concluyo repitiendo las gracias á mi amigo el Sr. Conde de Reus, dándoselas tambien al Sr. Presidente, que me ha permitido hablar, y renuncio la palabra.

EL SR. PRESIDENTE.—El Sr. Conde de Reus puede continuar su discurso.

El Sr. Conde de REUS.—Ayer concluí la primera parte de la relacion histórica que debo presentar al Senado; y ahora daré principio á la segunda, donde va á entrar en escena el Sr. general Almonte, y donde se verán mas graves sucesos, los cuales seguiré paso á paso hasta llegar á la catástrofe de Orizava. Esta calificacion es debida á un orador que no lo es de esta Cámara; y no le falta razon por cierto: catástrofe fué aquella, pero no para nuestras armas, sino para las armas francesas. Duras, muy duras palabras dijo el orador á quien aludo; entre ellas las de que los ministros aliados en México habiamos cometido actos de demencia y de la última malignidad, teniendo S. Sría. la poca compasion de atribuir al ministro español los mas de esos actos. Y todo ¿por qué? Porque dejamos en pié al gobier-

no de Juarez. ¡Actos de demencia y de la última malignidad! Hay palabras que no tienen contestacion posible si no se riñe con el que las ha pronunciado; y como yo no quiero riñir con nadie, me contento con rechazar esa calificacion: la rechazo, pues, así, á secas; y sobre eso no digo mas. Los que han censurado la política del Gobierno en México, lo han hecho así por no haber sido aquella la política que ellos querian; lo que no comprendo es que hombres liberales hayan podido censurar la política en cuestion. ¡Pues qué! ¿No ha sido liberal? Eso no puede negarse.

A últimos de Febrero llegó á Veracruz el general Almonte: ambos nos habiamos conocido en Paris; eramos amigos, y esto facilitó nuestra primera entrevista. Con dicho señor llegaron el P. Miranda, el P. Haro y otros emigrados, pertenecientes al partido reaccionario todos ellos.

Lo primero que hizo el general Almonte fué anunciarme la llegada del conde de Lorencez con un refuerzo de 4.000 hombres. “Bien venidos sean los franceses, le contesté; no me pesa que vengan.” En seguida me anunció que el general francés me traeria una carta autógrafa de S. M. I., y aquello me halagó como una nueva muestra de la bondad del Emperador para conmigo. Acto continuo, el general Almonte entró en materia sin rodeos. Contóme que venia de acuerdo con el gobierno imperial para derribar al gobierno de Juarez y la república, y crear una monarquía; añadiendo que como esta no existiria sin monarca, lo seria el archiduque Maximiliano de Austria. Díjome tambien que habia estado en Viena para ofrecer la corona al archiduque, y que este la habia aceptado, hallándose S. A. muy dispuesto á embarcarse en cuanto se le avisara. Por último, añadió el Sr. Almonte que aquello seria negocio de un par de meses, porque todos los mexicanos se levantarían al ver enarbolada la bandera monárquica.

Yo le oí sin que por mi parte hubiera la menor interrupcion, y así pudo concluir su relacion tranquilamente. Sin embargo, antes de decirle mi opinion sobre el particular, quise saber cómo y por qué se contaba con el auxilio de las armas aliadas, y preguntéle si los tres gobiernos esta-

ban de acuerdo en materia tan grave. Contestóme que á su vuelta de Viena habia estado en Madrid y hablando con los señores duque de Tetuan y Calderon Collantes, los cuales vinieron á manifestarle que teniendo el conde de Reus la confianza de la Reina y de su gobierno, y hallándose como se hallaba sobre el terreno, nada podian decirle hasta que el conde escribiera sobre la situacion del país.— ¡Y el gobierno inglés! le pregunté.—Está de acuerdo con el gobierno del emperador, me contestó.

No necesité mas para comprender que el general Almonte queria engañarme, como habia engañado á la corte de Francia, haciéndole creer que eran tantos los partidarios de la monarquía en México, que en viendo flotar las banderas aliadas en los muros de San Juan de Ulúa, á los dos meses concluiría todo. Pero á mí no podia engañarme, pues por el mismo paquete que trajo al Sr. Almonte recibí yo despachos del gobierno de S. M. y cartas particulares de los señores presidente del Consejo de ministros y ministro de Estado, en sentido contrario al que aquel general indicaba. Y tampoco podia engañarme, porque estando yo sobre el terreno, no veia yo, como él, los partidarios de la monarquía.

Ahora pregunto yo: ¿permitia la convencion de Lóndres que las armas aliadas apoyáran la bandera que el general Almonte traía de Francia? Por supuesto que dicho general decia que se consultaria la opinion del país.— ¡Y como? le pregunté.—Por medio de una asamblea de notables, me contestó; pero antes destruyamos el gobierno de Juarez.

Los ministros ingleses, desde el momento en que conocieron los planes que traía el general Almonte, así como el refuerzo destinado á las tropas francesas, previeron sucesos ajenos á la mision que llevábamos á México, y me anunciaron verbalmente que el batallon de la marina real, aprestado ya para ir á Orizava, se reembarcaria al dia siguiente; pero que ellos seguirian formando parte de la conferencia donde quiera que se reuniese.

He aquí ahora los despachos y cartas que recibí por el mismo paquete que llevó al general Almonte: (S. S. leyó varios despachos y cartas, cuyo espíritu era análogo al de las

bases de la convencion de Lóndres; despachos y cartas que se insertan en el número del *Diario de las sesiones del Senado* correspondiente á la sesion de hoy.)

Despues de esto ¿habrá quien diga que yo hice en México política propia? No; hice como debia, la política del gobierno, ciñéndome leal y esactamente á sus instrucciones. Que esta política fué noble y conveniente al esplendor del trono y á los altos intereses del país, no cabe dudar, puesto que así lo han declarado la Reina, el gobierno y el país; pero por eso mismo tengo empeño en que se vea que yo no fuí mas que leal ejecutor de la política del gobierno. Al César lo que es del César.

Pertrechado con tal arsenal de buenas razones, contesté al general Almonte que no comprendia como el gobierno del Emperador podria estar de acuerdo con un plan tan contrario á la Convencion de Lóndres, y á todos los compromisos de honor adquiridos por los ministros aliados en México, y que, por lo tanto, el plan me parecia inícuo y desleal, y hasta absurdo por lo irrealizable. “La mision de los aliados, le dije, no es la de quitar y poner gobierno, ni mucho menos crear una monarquía para el Archiduque de Austria, ni para nadie. Si andando el tiempo quieren los mexicanos monarquía, no nos oponemos á ello, sino que, al contrario, los ayudaremos; pero eso ha de ser el resultado de la libre voluntad del pueblo mexicano. Esta es la política aliada, y por lo tanto no cuente V. para ese fin con las armas españolas ni con las inglesas, porque, segun se me ha dicho, mañana se embarcarán.—Pues entonces contaré con las de Francia, me replicó Almonte.—Lo dudo, repuse yo; pues no creo que los subdelegados franceses hagan tal cosa sin recibir orden de su gobierno, y el Emperador tiene demasiado talento para dar semejante orden.” Y acabé pronosticándole que si seguía adelante su empresa haría un completo chasco.

La division española estaba ya en marcha hacia tres dias, y yo salí al siguiente á reunirme con ella en Paso Ancho. Aquí debo decir que las tropas españolas, en aquel ardiente y abrasado clima, hicieron su marcha de una manera ad-

mirable, rompiéndola como siempre, los ingenieros, los cuales remendaban el camino, y por cierto que bien lo necesitaban los de aquel país. Los ingenieros, repito, rompian la marcha, mereciendo elogios por su actividad é inteligencia, mientras los artilleros se multiplicaban verdaderamente, pues no solo conducían sus trenes por aquellos malos caminos, sino que daban tambien ayuda á varios carros franceses rezagados. Los soldados de caballería, por su parte, iban á pié, para que los enfermos montaran en sus caballos, y la infantería, por último, cargada con el enorme peso de cinco raciones y con su tienda, manta y equipo, mostraba una vez mas el vigor inherente á nuestra raza. Algunos cayeron enfermos, pero llenos de voluntad, no se rendian mientras tenían un átomo de aliento.

Con este motivo recuerdo haber encontrado dos que iban muy despacio: uno de ellos, herido en un pié, acompañaba á un calenturiento, llevándole su fusil y su morral, y habiéndoles dicho yo que subieran á mi carruaje, tuve que mandarlo al ver que me contestaban que otros habria en peor estado que ellos. ¡Ah bravos hijos de la noble España! ¡No estrañaré que un dia asombréis al mundo con vuestros heroicos hechos! Señores gefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados que compusisteis la expedición de México, á todos os saludo.

Desde los primeros dias de mi llegada á Orizava entablé correspondencia con el vice-almirante La Gravière, que se encontraba en Tehuacan. A esa correspondencia se refirió el señor Bermudez de Castro, pidiendo la presentacion de dos cartas. Yo dudaba si siendo estas confidentiales, y no habiéndoselas enviado al Gobierno, debía presentarlas, pero un movimiento afirmativo de cabeza hecho por el señor ministro de Estado, me sacó de mi indecision. Ofrecí, pues, traer dichas cartas, y ayer quedaron sobre la mesa formando parte del expediente diplomático.

Conviene leer la primera de ellas, su fecha 17 de Marzo, para que se vea el poco caso que el comisario francés hacia de las reclamaciones que debian dirigirse al gobierno de México. Hela aquí, señores: [Su Señoría leyó]. Se ve,

pues, que la primera mision de los aliados, consistente en reclamar cantidades, pedir reparaciones y exigir garantías, era de muy poco valor para el señor vice-almirante: otra cosa valia mas á sus ojos, y ya la encontraremos.

A la sazón recibió sir Wyke la noticia de que el gobierno de México seguia exigiendo á nuestros compatriotas un 2 por 100 sobre los capitales, imponiendo además un empréstito forzoso de 500,000 pesos á seis casas, de las cuales tres creia yo ser españolas. Estaba equivocado en esto, pues no habia mas que una, y era hispano-americana: la mia. En el acto escribí al Sr. Doblado ministro de Juarez, pidiendo esplicaciones sobre el particular; y como me contestára con el diapason un poco alto, le dije á La Gravière que debia reunirse pronto la conferencia para tratar de aquello, pues si se habia de romper el fuego, debia hacerse en defensa de los intereses de nuestros conciudadanos, y no por causas injustificables. ¡Y qué me contestó M. de la Gravière? Lo que resulta de la siguiente carta. [S. S. leyó]

De aquí se desprende la declaración explícita de que M. de la Gravière pensaba obrar sin acuerdo de la conferencia; puesto que en adelante debia la expedición ser francesa; y además, se desprende tambien su idea de llevar adelante el plan de establecer una monarquía en México.

Mas explícito está todavia el señor vice-almirante en otra carta confidencial que tambien me escribió, y de la cual puedo hacer uso, autorizado como lo estoy por su autor. Hela aquí [S. S. leyó otra carta en la cual se hablaba, entre otras cosas, de la creacion de una monarquía en México, y de la resolucion concerniente á llevar á cabo esta idea.]

Tengo además otras cartas que no leo por no fatigar al Senado; pero sin embargo debe oír una del mismo Jurién de La Gravière, escrita el 22 de Marzo por la mañana, [S. S. leyó otra carta, en la cual decia el firmante que no podia abandonar al general Almonte, puesto que tenia toda la confianza del gobierno que representaba él mismo. La Gravière, añadiendo que el gobierno francés le habia puesto en el caso de no deber respetar los acuerdos de la confe-

rencia.] Ahora bien, yo pregunto: ¿qué significa un miembro de la conferencia, á quien su gobierno da órdenes reservadas para que en un caso dado no respete los compromisos contraídos?

Así las cosas, supe que el general Lorencez habia salido de Veracruz acompañado del general Almonte y escoltado por un batallón de cazadores. El día de su llegada á Orizava, salí á recibirlo como cumplía al compañerismo y la caballerosidad, y despues de los primeros saludos entré en materia, impaciente por saber cómo ó por qué el general Lorencez iba acompañado de Almonte, siendo así que esto debia crear conflictos, toda vez que las armas inglesas y españolas no estaban dispuestas á sostener la pretension del último. El general Lorencez mandó detenerse al batallón de cazadores hasta recibir órdenes del vice-almirante. Aprovechando esta situacion, y deseoso de hacer todo lo imaginable para evitar la ruptura entre los aliados, de acuerdo con los comisarios ingleses, me fuí á Tehuacán á hablar con el vice-almirante, y aquí entra lo bueno:

Conociendo yo que M. Jurien de La Gravière tenia la manía de ir á la capital, por creer que allí encontraria grandes masas de monárquicos, los cuales no esperaban mas que su llegada para proclamar la monarquía, le dije: "Vamos, puesto que V. lo quiere iremos á México," y entre broma y serio añadí: "y allí le permitiré á V. que intrigue en favor de su archiduque." Y en efecto: allí poco me importaba, como que hablándose el castellano en México, á mi me entendia todo el mundo mientras á él no le entendia nadie.—Iremos, pues, á México, me contestó él: pero ¿cómo lo haremos!—Pidiéndolo le repliqué, en garantía de los tratados que hagamos en la conferencia de Orizava.—¡Magnífico! exclamó entónces él.—Y tuve el honor de que me abrazara tres veces.—¿Y querrán los comisarios ingleses? añadí yo.—Sí, querrán.—Pero V. comprende que si marchamos sobre la capital, de acuerdo con el gobierno mexicano, no podemos llevar en nuestra compañía al señor Almonte, á quien por consiguiente habremos de mandar á Veracruz.—Eso no es posible, me contestó con tono bastante fuerte.—Me parece

que ha respondido con alguna precipitacion, le repuse; y entónces me repitió:—Es imposible.

Ne le contesté ya, pues conocí bien sus intenciones. Sin embargo traté de convencerle durante una y otra hora; pero no lo conseguí, pues á mis argumentos mas apremiantes respondía siempre *ser eso la politica*; y eso me hacia recordar la famosa frase del pueblo de Madrid, el cual cuando se le estrecha dice: "¡Pues ahí verá V!" No habia, pues, medio posible de convencerle; y en consecuencia, á las pocas horas salí para Orizava, persuadido de que la ruptura de las conferencias era inevitable. En tal supuesto, pensé desde entónces el partido que debería seguir cuando llegára el momento decisivo.

Cuatro soluciones se presentaban á mi consideracion: primera, entregarme á los franceses, yéndome con ellos: segunda, echarme á un lado y pedir nuevas instrucciones al gobierno: tercera, cerrar el paso á los franceses: cuarta, reembarcarme con mis tropas. Ahora bien, señores: ¿cuál era la solucion mas conveniente á la personalidad del general Prim? Naturalmente la primera, pues iba á pelear con seguridad de vencer; y además, una vez en México, la Reina hubiera recompensado mis servicios con el tercer entorchado, al paso que el Emperador de los franceses me habria honrado con la Legion de Honor y me hubiera hecho duque de México, y á mi vuelta á España nadie habria podido disputarme la embajada de Paris. Tal era el cuadro seductor que se presentaba á mi vista yéndome con los franceses; pero eso no podia hacerse sin menoscabo de la buena fé y de la lealtad debida á mi patria, y por eso no titubé en sacrificar mi orgullo, la amistad del emperador y mis sueños de gloria en aras de mi deber y de la independencia de mi país.

Por otra parte, yo no podia perder de vista el compromiso contraido por la España con Inglaterra y por las tres potencias con los Estados-Unidos relativamente á no imponer á los mexicanos un gobierno que ellos no quisieran; y ya que de los Estados-Unidos hablo, permítaseme decir que son un gran pueblo, por mas que durante mucho

28  
tiempo se haya creído que no constituían sino una nación de comerciantes. Yo creo que la Europa puede estar hoy convencida de que no es así, pues he visto de cerca uno de sus ejércitos, el ejército del Potomac, mandado por el general Mc. Clellan, compuesto de 110.000 hombres, con 500 cañones, y puedo asegurar que está al nivel de cualquier otro ejército. Y no se crea que la lucha en que hoy está envuelta esa nación la ya á dejar exánime, pues aun separados los Estados del Sur de los del Norte, siempre quedarán dos pueblos poderosos, tan amante el uno como el otro de la doctrina de Monroe. Volviendo, empero á lo que ántes me ocupaba, digo que por las consideraciones espuestas deseché la primera solución y pasé á examinar la segunda.

Echarme á un lado y pedir nuevas instrucciones á mi gobierno parecería lo más sencillo; pero, sin embargo, en la práctica era lo peor, pues de una solución como esa podía surgir un conflicto entre españoles y franceses. Además, los mexicanos podían bloquear, ya que no tomar por la fuerza, el hospital de los franceses en Orizava, donde me hallaba yo; y esto tenía que hacer muy difícil mi situación, porque, careciendo de víveres hubiera tenido que ir á buscarlos á Veracruz, pagándolos á inmenso precio.

Si los franceses eran batidos, tenía que salir á su defensa, y ya estaba comprometido; y pidiendo instrucciones al gobierno, le creaba un conflicto, el cual tenía que resolver. Si el gobierno decía "vaya usted en auxilio de los franceses," y la orden llegaba cuando ya estos hubieran entrado en México, era aquello una cosa inútil; al paso que si eran batidos, tenía yo que restablecer la campaña con malísimas condiciones.—En fin, si el gobierno mandaba reembarcar las tropas estando ya los franceses en México, el reembarque era ridículo; y si por el contrario hubieran sido rechazados, no habría yo podido dejarlos comprometidos. Era pues, más noble y leal conservar al gobierno su libertad de acción, para que si era preciso sacrificara en bien de la patria á su plenipotenciario en México; y por lo tanto, debía desear y deseché la segunda solución de las cuatro que á mi vista se presentaban.

29  
El tercer camino que yo podía seguir era el de cerrar el paso á los franceses hasta recibir órdenes de los gobiernos respectivos, y en verdad que esta solución era la más conforme con mi carácter belicoso; pero ni yo quería batirme con los soldados franceses, á quienes estimaba y estimo, ni me era permitido crear con la guerra en Orizava la guerra tal vez en los Pirineos. Y sin embargo, señores, aquella era la ocasión redonda para realizar mis planes de ambición personal, si en efecto los hubiera abrigado; aquella era la ocasión de hacerme rey de México, como también se me ha atribuido.

Esta idea, que han oído más de una vez los señores senadores, fué echada á volar por mi buen colega el señor Saligny, no sin hacer algún efecto en México, citándose en su apoyo el *Eco de Europa*, periódico cuyas tendencias no eran, sin embargo, ni más ni menos que las de la política aliada. Verdad es que dicho periódico excitaba algunas sospechas por las alabanzas que hacía de mi persona, diciendo, por ejemplo, que el Conde de Reus era muy valeroso; pero ¡vaya una novedad! ¿Hay quién niegue al Conde de Reus la cualidad de buen soldado? Si se le quita eso, ¿qué le queda? Decía además el *Eco de Europa* que el conde de Reus era entendido en negocios de guerra, y además hombre de carácter suave, y también que era liberal; pero ¿no era verdad todo eso?

Otra idea excitó más sospechas: la de que el Conde de Reus, no sé en qué edad, hubiera sido un semi-dios, y que en la edad media habría creado una dinastía de reyes; pero, señores senadores, ¿se puede eso tomar en serio? la verdad es que el Conde de Reus no ha tenido jamás semejantes ambiciones. Yo recuerdo lo que en cierta ocasión me dijo un augusto soberano á propósito de ciertas miras ambiciosas que se atribuían á un elevado personaje: "Si los que nos hemos mecido en cuna de cien reyes, me decía, apenas podemos sostenernos en los tronos, ¿qué han de hacer los que no se hallan en ese caso?"

Por lo demás, señores, si yo combatía la monarquía en México por falta de monárquicos allí, ¿había de creer que

iba á encontrarlos para mí solo? ¡Ah! Yo soy español de pura raza, y no habria aceptado el trono aunque todos los mexicanos me lo hubieran ofrecido; prefiriendo á su brillo ser en mi país ingeniero general y senador del reino, y poder, cual otro García del Castañar, perseguir jabalíes en los montes de Toledo. La mejor prueba de que no abrigué la ambicion que se me ha atribuido es haber despreciado la magnífica ocasion que se me ofreció para realizarla embistiendo á los franceses y haciéndome libertador de México.

Desechada la tercera solucion, pensé en la cuarta y última; y pensé en ella muy detenidamente, conociendo como conocia la gravedad de mi resolucio. Dí conocimiento de ella al gobierno de S. M., y entre tanto esperé la reunion de los comisarios para la celebracion de las conferencias. El 9 de Abril tuvo lugar la primera, cuya acta, sacada *in extenso*, basta por sí sola para que el Senado haya formado juicio exacto de los sucesos; pero como muchos hombres políticos no se han tomado el trabajo de examinarla, voy á leer alguno de sus principales párrafos: (S. S. leyó.)

Véase, pues, como los comisarios del emperador Napoleon, fuese porque obráran en virtud de órdenes de su gobierno, fuese (como yo creo mas bien) porque lo hicieran por autoridad propia, abandonaron la política aliada, resueltos á marchar haciendo política francesa; razon por la cual hicieron los aliados muy bien en reembarcar sus tropas, dejando á los ministros franceses por únicos responsables de sus actos. Y en verdad que su responsabilidad y la del gobierno que ha aprobado su conducta es inmensa ante Dios y ante los hombres. En México se derramará mucha sangre; los mexicanos verterán la suya en favor de su independencia, y Francia la de sus hijos por una quimera, pues aunque á costa de ella y de tesoros lleguen las tropas imperiales á entrar en la capital de la república, no por eso han de crear nada sólido ni digno del pueblo que representan. Ni alzarán una monarquía, ni siquiera consolidarán un gobierno de capricho.

La santa alianza hizo entrar en París á Luis XVIII; y ese monarca, aunque de sangre real, reinó con trabajo. Su

cedióle Carlos X, y este, al poco tiempo, fué arrojado del sòlio por sus mismos súbditos. Napoleon I coronará por su parte rey de España á su hermano José, y el trono de este cayó derrocado á la primera campanada que anunció la ruina del primer imperio.

Lo mismo pasó á Gerónimo Banaparte en Westfalia, y algo mas grave en Nápoles al bravo Murat, el cual murió fusilado. ¡Qué más, señores! En México mismo hubo un Iturbide, que fué estimado mientras se limitó á ser un gran ciudadano; pero ese Iturbide se hizo emperador, y acabó también en un suplicio.

Tal es la historia, la triste historia de los reyes impuestos: téngalo presente el archiduque Maximiliano.—Los franceses no poseerán en México mas terreno que el que materialmente pisen; y al fin, mas pronto ó mas tarde, tendrán que abandonar aquel país, dejándolo mas perdido que lo estaba cuando á él llegaron.

Estoy fatigado Sr. Presidente; y si V. S. se sirviera suspender el debate, se lo agradecería, pues podria mañana continuar mi discurso.

El Sr. PRESIDENTE.—Estando para terminar las horas de reglamento, se suspende esta discusion, la cual continuará mañana.

Levántase la sesion.

Eran las cinco.

El Sr. Conde de REUS.—Siento, señores senadores, tener que ocuparme de una cuestion que hasta cierto punto empequeñece la principal que se debate; pero hay censuras ó murmuraciones que no pueden pasar desapercibidas. Si es verdad que una gota de veneno no puede destruir un cuerpo robusto; tambien lo es que esa gota debe labarse, pues no haciéndolo así, podria traer la gangrena.

Háse dicho en voz baja si en la espedicion de México se gastó mas ó menos. La intencion es conocida; pero yo no tengo nada que ver con lo gastado en la espedicion. La administracion es en los ejércitos la que recibe los fondos y los destruye, y la que en su dia da cuenta á quien corres-

póndele. El general en jefe dispone de esos fondos como cree mas conveniente al servicio; la administracion los distribuye, y el jefe á nadie absolutamente tiene que dar cuenta. De 100.000 duros que tenia á mi disposicion no gasté mas que 4.338: con esto quedan satisfechos los que en tal pequenez se han ocupado.

Voy ahora á emprender la no fácil tarea de contestar al discurso del ministro imperial M. Billault, discurso pronunciado en la Asamblea legislativa de Francia. Los ataques que recibí fueron tan duros como poco circunspectos, siendo así que si los hombres públicos deben siempre guardar circunspeccion, aun deben guardarla mas cuando son consejeros de la Corona. Mr. Billault trató sin respeto ni consideracion alguna al general español plenipotenciario de la Reina de España. ¿Creyó acaso que yo no le devolveria golpe por golpe, estocada por estocada? ¿Creyó que por estar á tanta altura podia disparar sobre mí los rayos que tuviese por conveniente? Se equivocó M. Billault, á quien voy á contestar ahora, no sin guardar la circunspeccion que él no tuvo por oportuno observar.

El ministro imperial empezó su discurso diciendo que el gobierno del Emperador deseaba la ocasion de explicar á la Asamblea y al país los asuntos de México, los cuales, por error de unos y por malquerer de otros, habian perturbado la opinion pública; pero ¿que ha sucedido despues de haber hablado M. Billault? Que como antes lo habia hecho M. Jules Favre contando verdades y diciendo cosas distintas de las que dijo M. Billault, la Francia no sabe todavía á qué atenerse respecto á lo que ha pasado en México. Cierto es que el ministro se apoyó en documentos públicos y oficiales; pero tambien lo es que están escritos por M. de Saligny y M. de la Gravière, y que, al referirse á documentos relativos al representante de la Reina de España, no leyó lo que no le convenia, siendo, como era, lo mas importante. Con dureza podria yo calificar tal sistema; pero me contento con decir que M. Billault no hizo bien.

El resultado de eso, repito, es que la opinion pública en Francia no sabe bien lo ocurrido en México. Si el gobier-

no imperial deseaba que la opinion pública de su país estuviese bien enterada respecto al particular, debió adoptar el único y sencillo medio que han adoptado los gobiernos de Inglaterra y de España, el de presentar al Parlamento todos los documentos relativos á la cuestion; pero como esto hubiera demostrado que las cosas se habian llevado tan á la ligera que comprometian el buen nombre de la Francia en apartadas regiones, no se hizo la publicacion de estos documentos, y ni aun siquiera se imprimió el acta de la última conferencia de Orizava, con lo cual hubiera habido quizá bastante.

M. Billault esplicó las cosas como quien habla á gentes que tienen obligacion de creer; pero ni la Francia ni la Europa pueden dar ascenso á lo que S. S. dijo, porque lo hizo sin fundamento y separándose de todos los documentos públicos que relativamente al asunto debian tenerse á la vista.

El señor ministro sin cartera se esforzó en probar que las cosas en México habian llegado á tal punto que era indispensable hacer uso de las armas. No me compete discutir acerca de si la Francia tenia ó no razon para ir á México; pero sí me cumple manifestar que si las tres naciones aliadas fueron con sus armas al país mexicano, no lo hicieron con el plan de derribar al gobierno allí constituido si este aceptaba las reclamaciones que los aliados le hicieran.

Ahora bien: como el gobierno de Juárez reconoció haber cometido faltas, añadiendo que estaba pronto á repararlas, claro está que no podia declarársele la guerra, segun el espíritu de la convencion de Londres, y segun las instrucciones de los gobiernos aliados. Así lo comprendió el gobierno del Emperador en un principio, y aun por eso dió las instrucciones que dió á su vice-almirante La Gravière, habiendo sido conforme con ellas y con la convencion espresada la razonable conducta de dicho funcionario durante los dos primeros meses de su permanencia en Veracruz. Si no hubiera sido así, viendo el comisario francés el espíritu que animaba á los comisarios inglés y español, habria dicho desde el primer dia: "Eso no va conmigo; mis instrucciones

son estas: yo he venido ante todo á derribar al gobierno existente."

Pero la prueba mas evidente de que el gobierno del Emperador no pensaba entonces en derribar el gobierno de Juarez, consistió en los elementos de que se componia la expedicion francesa que fué á México; dos batallones de infantería de marina [compuestos de marineros, improvisados soldados] y un batallon de zuavos sin material de guerra, puesto que ni aun tiendas tenian, y tanto era así, que cuando se estableció el campamento en la Tejería, tuvieron que armarlas con las velas de los buques. ¿Se quitan y ponen gobiernos y se fabrican tronos con elementos de esa naturaleza? No pensaba, pues, en un principio el gobierno imperial en derribar el existente en México: lo pensó despues, y en mal hora para la Francia, dando sus órdenes al efecto y sin prevenir á los gobiernos aliados.

Partiendo de su falso supuesto, el ministro sin cartera encontraba muy mal que los aliados tratáramos con el gobierno de Juarez, puesto que en su concepto debió principiarse por derribar un gobierno que no tenia ni medios ni autoridad para sostenerse. Los hechos han demostrado á M. Billault que anduvo muy ligero al apreciar los medios y la autoridad del gobierno de Juarez, pues á pesar de haber dicho que desaparecería al soplo de la Francia, ha visto que ha resistido, no ya á ese soplo, sino, lo que es algo mas, al empuje de los bravos soldados franceses y de sus cañones rayados, permaneciendo todavía en pié.

No será pues un gobierno tan débil y de tan poca autoridad. ¡Pero ya se vé! era preciso al orador afirmar eso; y cuando se oye decir á un ministro, con la seriedad que lo hizo M. Billault, que la expedicion fué ante todo para derribar el gobierno existente, es imposible que no esté perturbada la opinion pública en Francia.

Para justificar M. Billault los planes de monarquía nacidos en Francia, dice haber numerosos mexicanos declarado que solo ésta forma de gobierno podia salvar á México de los males que le aquejan: pero se equivoca S. S., y ni aun por lo visto ha leído los últimos manifiestos publicados en

la Habana por los generales reaccionarios Zuloaga y Cobos, aconsejando á sus conciudadanos dejar á un lado querellas de familia y reunirse todos para combatir á los franceses. Pues bien: si el partido liberal no es monárquico, y el partido reaccionario combate á los franceses que llevan la idea de la monarquía, ¿dónde están los numerosos mexicanos que, segun M. Billault, quieren esa forma de gobierno?"

Tan cierto es que en México no hay hombres de ideas monárquicas, como que el Sr. Gutierrez Estrada, de aquel país, concibió hace años el plan de restaurar la monarquía: y conociendo las dificultades ó peligros de organizar un pronunciamiento con tal bandera, organizó uno de los pronunciamientos militares que tan fáciles han sido siempre allí. Su pensamiento era reunir una asamblea de hombres adictos á su plan, á fin de que en la asamblea se levantara la bandera monárquica. ¿Y que sucedió? Que no hubo un solo diputado que se atreviera á nombrar la monarquía, teniendo el señor Estrada que emigrar, sin que despues haya podido volver á México, á pesar de haber sus amigos formado el gobierno mas de una vez.

Los numerosos mexicanos á que se refiere M. Billault no son ni mas ni menos que cinco: el referido señor Gutierrez Estrada, el general Almonte, el padre Miranda, el P. Haro, y uno que fué secretario de la legacion mexicana en Madrid, siendo este último el que mas ha trabajado para crear la mala situacion del gobierno francés respecto á México. Tome, si quiere, acta de estas palabras el señor ministro sin cartera del gobierno imperial, que yo le enviaré la traduccion de las mismas por si á pesar de ser tan erudito no conociere la lengua de Cervantes, como presumo que no la conoce; pues en otro caso conocería tambien el carácter español, y sabria que no se nos puede hablar con altivez, porque los castellanos no permitimos nunca que se nos mire de arriba abajo, ni que se nos hable con la arrogancia que el ministro francés lo ha hecho.

Y se equivoca lastimosamente M. Billault si cree que á España se le puede tratar con menos miramiento y cortesía que á ninguna otra nacion, pues si la Inglaterra, por



ejemplo, tiene numerosos bajeles; también los tiene nuestro país, y bien tripulados y mandados, siquiera sepamos que no es esa la fuerza principal de nuestra nación. España es fuerte, porque cuenta numerosos y valientes batallones y una población belicosa, frenéticamente española, la cual, caso de ser amenazada por enemigos extranjeros, se levantara como un solo hombre, no bien oyera el patriótico sonido de las campanas de Bailen y de Zaragoza.

Hubo un tiempo en que se creyó que España era solo fuerte por la defensa que sus hijos podían hacer de sus Pirineos y montañas centrales; pero las cosas han cambiado con la paz, y hay que ver las cosas de otro modo. Ha venido la riqueza pública, y merced á ella, puede el erario destinar las sumas necesarias á fin de que el país esté prevenido para un caso de guerra. Nuestras plazas se han mejorado: las fuerzas de infantería y caballería están bien armadas y equipadas, y su disciplina es magnífica; las armas especiales conservan su buen nombre: la artillería tiene nuevo material: hay cañones rayados; hay parques en puntos convenientes, donde pueden trabajar cien mil hombres; el estado mayor está compuesto de jóvenes pundonorosos é ilustrados que no ceden á los de otras naciones: el armamento de cuerpos provinciales está depositado en las capitales de provincia, habiendo además muchos miles de fusiles almacenados para aumentar el ejército si fuese necesario, los cuerpos de la Guardia civil y de carabineros, compuestos de veteranos sin tacha, formarían excelentes cuerpos de ejército si fuese preciso; la administración y sanidad militar llenan su misión cumplidamente; y por fin tenemos un estado mayor general compuesto de ilustres generales encanecidos en el servicio de la Reina y de la patria, así como de generales jóvenes, los cuales ardemos todos en deseos de ganar fama, unos moderados, como mi amigo el Sr. Lara; otros realistas como mi amigo el señor Luxán; pero todos con la creencia de que en caso de guerra (Dios no lo permita), las tropas españolas no se ocuparían solo en defender las breñas y los desfiladeros, sino que aco-

meterían y empuñarían batallas en los campos de Aragón y de Navarra, ó donde fuera necesario, dejando el éxito á lo que dispusiera el Dios de los ejércitos.

Porque yo hable este lenguaje respondiendo al ministro imperial, no se crea que deseo la guerra: al contrario, quiero la paz, porque solo con ella prosperan y se engrandecen las naciones cuando, como la nuestra, ocupan un lugar distinguido en la Europa. Mi único objeto ha sido demostrar á los que no lo saben, que España puede hacer la guerra y la gran guerra, porque tiene elementos para ello, y que no hay entre nosotros que temer á ninguna otra nación, por muy poderosa que sea. Por lo demás, estoy seguro de que no faltará quien diga que hago la política del Dos de Mayo, que evoco las sombras de Daoiz y de Velarde, que quiero escitar las masas, y no faltará tampoco quien añada que he hecho una política vulgar. ¡Ah señores! Si es vulgar defender á su país ó hacer ver los medios de defensa con que cuenta para contrarrestar á los extranjeros si un día fuese invadida, será vulgar, muy enhorabuena. Yo acostumbro á viajar sin la preocupacion de decir que España tiene tal ó cual cosa mejor que otra nación; pero cuando se quiere herir la dignidad de mi país, no transijo con nadie: será muy vulgar, pero estoy por el cantar de los aragoneses:

*La Virgen del Pilar dice*

*Que no quiere ser francesa.*

Dijo despues Mr. Billault en su discurso: [S. S. leyó, entre otras cosas, un trozo reducido á manifestar el ministro francés que, hecha la última intimacion al gobierno de Juárez, si no satisfacía, se apelaría á las armas; y que el diplomático español parecia tener sobre México ideas diferentes de las que le habia expresado á su gobierno cuando se firmó el tratado de Londres.] Aquí se nota la gran contradiccion en que incurre el ministro imperial echando abajo toda su obra.

Al principio sienta de un modo absoluto que los gobiernos aliados habian resuelto la caída del gobierno de Juárez, sin condiciones, y ahora dice que habia que hacerle la última intimacion. ¡En qué quedamos! ¡Se convencerá Mr,